

Hermenéutica de la gnoseología como premisa del sujeto concreto

José Martín Hurtado Galves

Yo no soy el-otro, ser difuminado en la abstracción de la metonimia; soy éste-otro, sombra real y concreta de la metáfora que se difumina en cada momento, en cada paso, en cada silencio inacabado de mi inconclusa construcción multicultural de ser a diario entre los otros un sujeto en constante construcción. A continuación, seis acercamientos filosóficos desde una hermenéutica de la gnoseología como premisa del sujeto concreto.

1. Acerca de la gnoseología y del hombre concreto.

He escogido el término *gnoseología*, a diferencia de epistemología o teoría del conocimiento, para expresar por medio del significado de la primera, el proceso que sigue el hombre concreto en la construcción de su propio ser desde la forma y el fondo de construirse y construir su propio conocimiento. Entendido éste como la manera de aprehender y aprehenderse dentro de un constante *estar-siendo-de-continuo* desde su propio conocer que lo cosifica, al ser captado por los demás, en un estar inmerso como parte de un mundo del que forma parte irremediable; es decir, *desde* y *en* sus sociedades concretas, expresado esto en forma de pequeños colectivos; subsumido así, en un tiempo y un espacio también concretos, mismos que sólo su propio devenir existencial le hacen cognoscible.

Así, Γνωσις, Gnosis, conocimiento, de γιγνωσχω, conocer; hace alusión a la forma de construir dicho conocimiento; a diferencia de επιστημη, episteme, conocimiento, o epistemología como estudio del origen, naturaleza, métodos y límites del conocimiento humano. Aunque las dos aparentemente hacen alusión a ese camino que sigue el hombre en su forma de conocerse y conocer el mundo que le rodea, el término epistemología es *más abierto*; es decir, aglutina de suyo todo un sistema teórico completo desde el que se intenta dar cuenta del hombre como sujeto cognoscente; pero, lo hace de manera general, es decir, hay una postura laxa en cuanto a lo que es el hombre (al menos como se pretende ser entendido) a partir del conocimiento que obtiene de la realidad, como si él mismo no fuera parte de esa realidad que pretende conocer; es decir, se excluye la posibilidad de contemplar, asir, entender y comprender al sujeto concreto desde sus particulares circunstancias multiculturales que de suyo son las que le dan sentido a su forma y fondo existenciales.

A diferencia de ello, parto de la premisa de que no hay "el hombre", sino más bien, *este hombre, aquél hombre*, cada uno de los hombres concretos y reales que viven y mueren en un tiempo y espacio también concretos, cada uno que no está nunca ni social ni culturalmente completo, ya que siempre está en una constante deconstrucción y construcción de su propio ser multicultural en relación con los otros que le dan significación individual.

Presento, en el presente ensayo, un análisis hermenéutico específico que dé cuenta desde la hermenéutica de la gnoseología acerca de la forma y el fondo concretos que cada hombre, también concreto, lleva a cabo para construirse desde un

estar-siendo-de-continuo, de manera constante, ininterrumpidamente, pero, sin que por ello, pretendamos afirmar que el conocer tal o cual cosa hace al hombre un ser completo; antes bien, que a partir de la construcción de su propio conocimiento le da la posibilidad de convertirse en un ente multicultural que al estar afirmando y negando constantemente su propia realidad, lo vuelve un ser multiculturalmente inacabado, en constante construcción, teniendo con ello la posibilidad de ser él mismo, u otro, desde la posibilidad de re-conocerse en y desde los otros.

2. El sujeto concreto multicultural.

El hombre es hombre porque existe y sabe de su propia existencia concreta y efímera. “El ser humano no nace en la naturaleza. No nace desde los elementos hostiles, ni de los astros o vegetales. Nace desde el útero materno y es recibido en los brazos de la cultura... nace en alguien, y no en algo; se alimenta de alguien, y no de algo” (Dussel, 2001:37) Es para ser en él, desde él mismo y desde su entorno que lo *con-forma*. No existe sólo porque ocupa un lugar en el espacio y en el tiempo, sino porque a partir de su existencia se da cuenta de que hay “algo” exterior a él (las culturas en las que se desarrolla) que a la vez lo determinan como sujeto cognoscente. Capta entonces que en ese algo puede estar, y de suyo ser, él mismo; esto en la medida en que él se re-conoce como parte de un *estar* dentro de “eso” que lo identifica como sujeto particular, y que él mismo también identifica cosificándolo a su vez como parte de la realidad que percibe como fuera de él mismo; es decir, aquello que le da sentido con su propia existencia tanto particular como social; y, en ese darse cuenta se va construyendo poco a poco, pero, no como un algo abstracto o virtual, sino como un *alguien concreto*, inmerso en una sociedad determinada. Llegando así, a ser para sí y para los demás como alguien re-conocible, como un alguien concreto y único, como un ser que se contiene a partir de que es *de-finido* y *de-terminado* en un marco sociocultural en constante devenir. Y en ese darse a sí mismo desde sí, a partir de irse construyendo, le surgen diferentes opciones, formas de relacionarse consigo mismo, con los otros, con los objetos, con la realidad de la que forma parte, en un tiempo y en un espacio que le son coyunturales. La realidad la hará suya porque el forma parte de ella, y lo hará, desde su particular manera de hacerse lo que ya es, pero que no termina de ser, para afirmarse o bien, para modificar su esencia¹ cultural mitificada, aunque su sustancia² biológica siga aparentemente inalterada.

Y es este asir aprehendiendo, el que lo sitúa temporalmente frente a los demás. Lo ubica en un *estar-estando(siendo)-de-continuo*, cambiando o afirmando tal o cual forma de su ser. En este ser hombre en un tiempo concreto y desde ese mismo tiempo, que le implica una aceptación de reconocimiento de *los-otros* y de él mismo como un *nos-otros*. Pues su *nos* es el onoma³ metafórico en el sentido de que no es univocista, que viene a modificar su anterior onoma donde la creosis⁴ convencional y social le habían impuesto *qué* o *quién es* o *debería de ser*. A su vez, el estar en un

¹Cualquier respuesta que conteste a la pregunta *¿qué?* puede ser una respuesta que aluda a alguna contingencia (parte que puede ser de uno o de otro modo del sujeto: color, tamaño, carácter, etc.) del ser mismo por el que se pregunta.

² También llamada esencia necesaria. Es la respuesta que enuncia lo que la cosa no puede dejar de ser y es el por qué de la cosa misma; cuando se dice que el hombre es un animal racional, se pretende decir que el hombre es hombre porque es racional.

³ Es la palabra ya existente (en este caso las creencias, ideología, o forma de creer que se es en el lugar que se ocupa dentro de una sociedad dada) que es sustituida por otra, para reconceptualizarse desde un nuevo ser.

⁴ Coherencia, racionalidad, exactitud, orden, sistematicidad, inteligibilidad y sentido.

espacio concreto lo incluye en una comprensión de un ser y un poder estar como un alguien (y no como un algo) que se construye constantemente.

3. Aceptación del hombre en el tiempo.

Podemos estar, o no, conscientes de que estamos. Siempre estamos en algún lugar, y eso no incluye necesariamente el existir como un ser vivo que se da cuenta que existe y vive (a diferencia de los objetos que sólo existen, y no por eso tienen vida); es decir, cuando el hombre concreto se da cuenta de que al pensarse a sí mismo y a su realidad que es parte de su propio ser, puede ser *re-conocido* también por los demás, entra en un círculo parecido a la anfisbena⁵, en donde la “entrada” al mundo de los otros y su aceptación, es la “salida” por la que puede volver a entrar, no sólo a la otredad sino, a la oquedad de saber que existe en él y a partir de su *re-conocimiento* tanto individual como social. Hay pues una aceptación, que incluye un reconocimiento tanto de uno como persona⁶, así como también de los otros que soslayan el ser personas desde un sentido individual que los difumina. Y en esa aceptación se llega a ser parte de un grupo amorfo de gente que conforman a la sociedad abstracta masificada, misma de la que se va a formar parte consciente *en* y *desde* las mismas condiciones de los otros: cada uno de nosotros somos el sujeto del que estamos hablando, cada uno somos los que nos podemos *re-conocer* en *nos-otros* y en *los-otros* que también somos.

Nos aceptamos como personas, no sólo como individuos, y en ese sentido aceptamos que también somos un *nos*, un *nos-otros* en el que también estamos incluidos. Esto porque nos afirmamos en la negación que hacemos de nosotros mismos, al aceptar que formamos parte de esa multiculturalidad de los otros, es decir, si somos un *nos* y los demás son los-otros, entonces, para esos otros, somos los-otros, un nos-otros-siendo-otros; y ellos, a su vez, son su propio *nos*. Lo concreto de nuestro ser es una metáfora que se vuelve símbolo de la realidad que nunca dejamos de construir. Así, en la medida en que nos afirmemos en *el-otro* (no lo-otro que es objeto) estaremos en posibilidades de *re-conocernos* como seres inacabados, y no sólo como sujetos cognoscentes, sino también como seres concretos cognoscentes y cognoscibles. Ahora bien, lo anterior no se puede dar más allá del discurso si primeramente no nos damos cuenta del propio decurso existencial; es decir, darnos cuenta de que estamos siendo en un *estar-siendo-de-continuo*, desde la diacronía⁷ y la sincronía⁸ de cada sujeto concreto, pues es precisamente la temporalidad de cada uno como persona, la que nos *de-fine* poniéndole fin a nuestros actos, momentos,

⁵ La anfisbena es una serpiente mítica con dos cabezas, la una en su lugar y la otra en la cola; y con las dos puede morder. Cfr. *Manual de zoología fantástica* de Jorge Luis Borges.

⁶ Persona en el sentido del personalismo, teoría filosófica de Emmanuel Mounier.

⁷ Diacronía, del griego δια, a través, y χρονος, tiempo. A través del tiempo. Se entiende como en el transcurrir del y en el tiempo; es decir, un presente, con base en un pasado histórico y un posible futuro basado en un pasado que no termina de acabar.

⁸ Sincronía, del griego συν, con, y χρονος, tiempo. Con (en) el tiempo. Es decir, entender el presente dentro de los demás presentes de otros pueblos, de otras culturas. Comprender que existe una relación simbiótica entre un pueblo y otros pueblos que viven en el mismo presente, aunque separados unos de otros, pero, influenciados de alguna manera desde la cual los haga ser lo que son y lo que pueden llegar a ser.

pensamientos, vida, muerte, ya que cada uno es-lo-que-es-en-el-momento-en-que-está-siendo, incluso si en ese momento se es para otro que lo está captando, aún así, hay una temporalidad que nos limita temporalmente en nuestro estar construyéndonos y asiéndonos de lo que pretendemos ser; es decir, hay un reconocerse individualmente, pero dentro de una sociedad que es la que le da substancialidad a lo individual, dentro de un reconocimiento de lo que somos y podemos llegar a ser, después de *haber-sido-de-continuo inacabado*.

4. Comprensión del hombre en un espacio concreto.

A partir de que existimos podemos darnos cuenta de que vivimos, y en ese sentido, de que ocupamos un espacio vital, un lugar en el que al estar nosotros allí, ese "allí" llega a formar parte de nosotros como personas; no podríamos existir sin el lugar que ocupamos, y en ese estar "allí" a partir del lugar que nos precede, nos determina hasta cierto punto, pues van a influir en nos-otros, al igual que en los-otros, varios aspectos en esa geografía existencial que es tan difusa como compleja, tales como la situación económica, cultural, social, religiosa, política, educativa, etc.

Ahora bien, a partir de saber y aceptar lo anterior, se da una comprensión no sólo acerca del lugar como un medio físico, sino como parte esencial y sustancial del hombre concreto que sabe que no está terminado, pues comprende que en cada lugar hay una nueva posibilidad de seguir construyéndose. Así, no podemos entender al hombre concreto si no *apreciamos* su existir en un lugar determinado, con sus propias raíces, costumbres, lenguaje, modo de ser colectivo y forma de aprehender su mundo particular y particularizante; aunque claro, este cambiar conforme el hombre concreto se va reconociendo en los otros, también se va modificando, y no me refiero solamente a que se mueva del lugar físicamente, sino a que conforme va creciendo, se van especificando su forma de ser con él y con los otros, a partir de que él mismo modifica su relacionarse con el mundo, con la realidad de la que forma parte inherente cuando ésta es para sí y desde sí; es decir, al cambiar él como persona (desde sí) y como individuo (desde los otros) se modifican sus formas de aprehender el mismo medio físico en el que vive. Entonces, ya no van a ser iguales los paradigmas que lo determinaron como niño, adolescente, adulto joven, o anciano. Y al comprender esta situación en *los-otros* desde sí, la comprendemos también en *nos-otros*.

Cada uno somos lo que hemos podido ser en cada uno de los espacios que ocupamos, no importa que el espacio aparentemente sea el mismo, la realidad es que ni el espacio ni nosotros somos ya los mismos; es decir, nos aceptamos y nos comprendemos en la medida, primero, de que nos sabemos como seres existentes y vivos, y segundo, en la medida en que nos reconocemos en los otros como parte de ese *estar-siendo-de-continuo* en algún lugar y algún tiempo determinados, pues si cada uno de nos-otros estamos en una condición dada, también allí están los-otros, pero cada uno a partir de su propia singularidad e individualidad; y, al ser esto así, implica que también hay una forma de ser concreta en los otros y en uno mismo, compartiendo significativamente, como sociedad al menos, ese callado saber-*nos* existentes y vivos inacabados.

La forma de entendernos y aprehendernos va a estar determinada, entonces, por ese contorno que nos *con-forma*, así como por nosotros mismos como seres humanos únicos a partir de que podemos ser diferentes de los demás en el sentido de que conocemos y nos *re-conocemos* de manera simbiótica desde el otro que hay en cada uno de nosotros.

El hombre es él en *él concreto y en la materialidad amorfa de la sociedad*; es decir, en los otros es “los otros”, aparentemente difusos, cuando se reconoce como un ser único, pero que para tal reconocimiento necesita de un espejo o arquetipo que lo pueda distinguir hasta de su propio pasado.

Afirmarse es afirmar a los otros, a la sociedad en uno mismo; y negar que ésta nos determine, es en buena medida *de-formarnos*, pues somos en un *estar-siendo-de-continuo*, y nos formamos en y desde los otros, con y en su influencia, tanto positiva como negativa, en un espacio que compartimos con ellos y con nosotros mismos, esto último en el sentido de que nos vamos construyendo poco a poco, es decir, nos vamos *re-conociendo* también poco a poco, y en ese sentido nos vemos como realmente somos, sujetos inacabados en los que el tiempo y el lugar hacen mella constantemente. Ahora bien, hay tres influencias (al menos) de los otros en nosotros.

- La *influencia positiva directa de los otros en nosotros*, se da cuando nos dicen cómo debemos actuar, cuando por medio del lenguaje directo, es decir, el que va hacia nosotros, nos *de-terminan* y nos moldean. Tal es el caso de los padres de familia, y en general, los maestros, los sacerdotes, etc., es decir, aquellos que se dirigen hacia nosotros como personas concretas, existentes. Positiva en el sentido de que se nos dan juicios deónticos *a priori* desde la visión univocista de los otros, sin tomarnos en cuenta como parte de ellos mismos y de su propio discurso, sino más bien como parte de algo a lo que se puede llenar de su discurso; desconociendo así la posibilidad de que también nosotros podríamos opinar acerca de nuestra condición de ser seres en el mundo de ellos, que es el nuestro también, pues así como nos cosifican, nosotros hacemos lo mismo, aunque a veces guardemos en el silencio de nuestras miradas aquél objeto que no nos reconoce ni delata como sujetos existenciales.

- La *Influencia positiva indirecta de los otros en nosotros*, es cuando se nos dice cómo actuar pero sin dirigirse directamente hacia nosotros, es decir, es indirecta; ejemplos de lo anterior son la televisión, el periódico, la radio, los espectaculares y anuncios en la calle y edificios públicos y privados, las pláticas que escuchamos de los otros cuando vamos en el camión, o en el metro, o si estamos realizando simplemente alguna compra, etc. Lo que escuchamos no va dirigido hacia nuestra persona en particular, pero al escuchar aquello, asímos aquella plática como parte de nosotros al repetirla dentro de nuestra mente y sobre todo si como consecuencia de ese repetir, consciente o inconsciente, actuamos de tal o cual forma siguiendo los decires de los otros para *bien* o para *mal* de nuestros pensamientos o nuestras acciones.

- La *Influencia negativa de los otros en nosotros*, la sufrimos en nuestro *deber ser* social cuando los otros nos determinan negativamente, esto sucede cuando se nos conduce con prohibiciones que se sustentan en juicios deontológicos socialmente (no existencialmente) *a posteriori*, es decir, a partir de juicios convencionales que la sociedad determina como lo que *debe* y lo que *no debe* hacerse, lo que “está bien” y lo que “está mal”. Es decir, nos *re-producen* con esquemas preestablecidos de los otros aplicados muchas veces de manera arbitraria en nuestro ser. Y este *re-producirnos* desde esa oquedad que nos ignora, nos determina como sujetos terminados, cosificándonos como si fuésemos sólo seres masificados que su identidad se determina a partir de que han sido moldeados desde un estar ajeno, desde el otro, sin nos-otros;

negándonos así, la posibilidad de construirnos nosotros mismos desde un *estar- siendo-de-continuo* que nos sea propio.

Como podemos ver, va a depender de cómo se nos conceptualice para poder situarnos ya sea en el lugar de ser seres individuales o bien, como seres totalmente sociales, en el que tenemos que asumir los roles que nuestra cultura establece. Entonces, no somos entes aislados, incluso aunque nunca saliéramos de casa, ese modo de ser aislado estaría hablando de nuestra concepción del mundo, y en ese sentido, estaríamos de acuerdo con él o no, pues un ser a-social, es al final de cuentas un ser social que no está de acuerdo con la estratificación social en la que se haya inmerso.

Cada sujeto concreto es un ser en sí y en los otros. No hay la posibilidad de que pudiéramos estar en condición de rechazar el mundo si no tuviéramos al menos un ápice de conocimiento de situarnos en ese nuestro-mundo-particular-y-concreto que es en el que vivimos; mismo desde el que sólo nos podemos imaginar fuera de él, fuera de él pero con extensión a él mismo, es decir, aunque sólo sea a partir de encerrarnos dentro de nuestra propia casa. Siendo así, que la realidad que vivimos es compartida, impartida y departida.

a) *Compartida*: cuando nos relacionamos con los otros, en un sentido de aceptarnos en un mismo tiempo y espacio concretos, siendo así que nos comprendemos como sujetos diacrónicos y sincrónicos en una cultura y una sociedad dadas, pero movibles, comprendiendo así, que no es una sola sociedad en la que vivimos, sino que son varias sociedades desde varias culturas las que nos conforman. Y en ese *con-formarnos* nos damos a los otros por medio del lenguaje y nuestros actos (que también son lenguaje) y, de igual manera, los recibimos también a ellos, ya sea desde una actitud positiva y directa o desde una indirecta y negativa.

b) *Impartida*: esto se da en la medida de las necesidades que la sociedad tiene acerca de poder reproducir realmente sus esquemas sociales, culturales, políticos, económicos, religiosos, etc. No se puede ignorar *de facto* que, al impartirles a los otros, es decir, a toda la sociedad una realidad convencional concreta, se afirme en ellos de igual manera un deber ser social también concreto.

c) *Departida*: esto se da cuando no sólo compartimos la realidad, sino que la departimos, es decir, la “regalamos”, como si fuera ya parte de nuestro ser, y pudiéramos entonces ofrecérselas a los demás. La asumimos como nuestra, y en esa medida el riesgo que se corre es que no sólo se le dé a alguien como y desde un compartir o un impartir, sino como algo “natural” del ser individual y concreto; es decir, aquí entran los mecanismos ideológicos que van a conformar de una manera sumisa la aceptación de ser de un modo porque “así es”. O sea, la realidad se aprecia de una forma acabada, como si fuéramos el culmen de la historia, el fin de los tiempos, la mejor de las sociedades, etc., porque, se puede estar consciente de que hay un algo que llamamos futuro, un algo en el que no estamos, que no es nuestro presente, pero, aún así, en nuestro actuar reproducimos nuestra condición de haber departido y aceptado una realidad que nos es ajena y propia.

Entonces, la realidad nos es *ajena*, ajena porque no es nuestra, ya estaba antes de que nosotros pudiéramos aceptarla o rechazarla, pero, también nos es *propia* porque en la medida en que la vivimos, la hacemos nuestra; nos construimos y nos

deconstruimos social y culturalmente en ese hacerla nuestra y en ese ir modificando al modificarnos a nosotros mismos, en un *estar siendo* interminable, así somos parte de la misma realidad que también cosificamos.

A la realidad la conocemos y la *re-producimos* en ese conocerla desde nosotros, pero no ya como un mero aprendizaje somero que puede sernos tangencial, sino más bien, como una forma de ser nos-otros desde los-otros en un tiempo y un espacio concretos, siendo así que nos modelamos y nos burilamos desde la otredad que también somos. Nos volvemos en una realidad hecha de nosotros mismos con “recortes” de los otros que al final de cuentas somos nosotros mismos que hemos asumido su modo de ser de esos otros, es decir, su estar también en un tiempo y un espacio concretos nos envuelve, pues somos ellos al ser nosotros.

Hay un delinear, un volver paradigmático el *deber ser* del hombre concreto, en tanto éste se asuma como parte *co-tangencial* de un todo que es su mismo estar aquí.

5. La mentira, social y socializadora, como forma analógica de aprehender una realidad convencional.

De las diversas formas de aprehender la realidad, la mentira social es la más común. Mentira en el sentido de no decir ni preguntar por la realidad, sino antes bien, como un medio de ser del hombre concreto dentro de su cotidianeidad conformista. Es una forma de ser en un estar aquí a partir de los cánones que nos establecen y nos conforman como seres socialmente integrados en una realidad de la que al integrarnos a ella, la mentira es el medio más idóneo de integrarnos a ella. Como ejemplo de lo anterior veamos: Cuando preguntamos ¿cómo estás?, no lo hacemos porque en realidad nos interese cómo está la persona a la que le hicimos la pregunta; simplemente es-una-forma-de-ser-ser, un estarnos haciendo como sujetos culturales, desde la apariencia que nos permite seguir conviviendo como un grupo social concreto. Lo mismo pasa cuando contestamos la misma pregunta. Y qué decir del preguntar ¿cómo te va?, sucede lo mismo, las condiciones no cambian, hay un paradigma que nos sujeta como sujetos que se difuminan en un ser casi objetos que reproducen esquemas convencionales preestablecidos. Incluso las respuestas tampoco dicen nada: *bien, regular, mal...* ¿bien, mal, regular?, ¿en qué sentido?, ¿bajo qué parámetro?, ¿con respecto a qué o quién?

Nos-otros nos con-vertimos entonces en *los-otros* cuando entramos en ese juego de seguir reproduciendo los mismos esquemas convencionales en los cuales nuestra relación con ellos, estriba sólo en la mera reproducción alienada y conformista a un ser social predeterminado. Así, *la realidad*, es la que nos hace estar dentro de un sociedad, en la que nuestro estar allí se da a partir de que nos captamos y nos captan gnoseológicamente como parte de ese con-vivir diario, cotidiano y cosificado con los demás.

Hay pues, una forma de construirnos en la sociedad desde el lenguaje sociocultural que usamos en nuestro *estar-siendo-de-continuo*, pero, ese conocer gnoseológico no nos es nuestro solamente, está determinado por la sociedad en la que nos construimos como sujetos concretos en un continuo estar construyéndose.

Nos cosificamos como parte de una sociedad en la que tanto ella como nosotros somos la $\rho\epsilon\sigma$ de *re*, cosa, que de suyo no dejamos de ser en tanto sigamos dentro de esa apariencia que como aporía⁹ nos va delimitando también desde la oposición que de suyo hacemos desde nuestra propia individualidad que se resiste a

⁹ Aporía, ἀπορία, de α privación, y ποροζ, poro, paso; dificultad de pasar, problema, objeción.

ser exactamente como los demás. Hay una resistencia “natural”, pero en ese resistirse a la otredad abstracta se da la posibilidad de que seamos eso que rechazamos desde una concreción de nuestro ser multiculturalmente socializado; es decir, desde una forma de concreción con aquello que rechazamos en la medida que nunca dejemos de ser dicha concreción.

6. Conocer algo es de-finirlo desde diferentes formas de conceptualización.

A partir de la conceptualización teórica que hagamos de lo que conocemos, se da una forma de “hacer” al objeto, al igual que nosotros mismo en la medida en que hacemos dicha definición. Es una relación simbiótica en la que al conocer se conoce o se re-conoce al objeto que se nos presenta a las sensaciones y posteriormente a la reflexión que realizamos.

Racionalizar entonces al objeto determina el modo en que nosotros aprehendemos a la realidad que nos es cognoscible. Eso último tiene gran importancia si observamos que cada sujeto socioculturalmente concreto conoce lo que está dentro de sus propias posibilidades de conocer; siendo así que hay cosas o eventos de otras culturas, las y los cuales no nos sería fácil reconocer, ello, porque son parte de otras realidades de las que no formamos parte, pero que no implica que no podamos llegar a conocer o a ser parte de ella. Entendida ésta a partir de su raíz griega, cosa, objeto real que puede ser cognoscible en otro *estar siendo* sociomulticultural.

Si lo anterior lo apreciamos como diorisma, tendremos que la premisa necesaria para sostener que nuestro conocimiento de la realidad, se da en la medida en que aprehendemos al objeto mismo que nos cosifica desde la otredad, nos lleva entonces a la conclusión de que, al cabo de una aprehensión fenoménica en la que los aspectos tangenciales tanto del sujeto (nosotros), como del objeto (la realidad social de la que también formamos parte), están acordes a fundamentaciones culturales *a priori*, y ello nos determina como sujetos cognoscentes y cognoscibles en constante construcción multicultural.

Entonces, el objeto (O) es manipulado, se cosifica, aunque de suyo ya está en esa condición de ser algo, desde una perspectiva culturalmente preestablecida. A su vez, el sujeto (S) se vuelve objeto cuando al cosificar al objeto mismo, repite de manera mecanizada los estándares de conocimiento que le han sido asignados por la sociedad en la que se desarrolla.

Así, el S es el O, y el O es el S, existentes ambos en sí y, para el otro *en y desde* una simbiosis sociocultural concreta (S es O que es S). Siendo así que cada uno determina al otro desde su propia particularidad, dándose con ello la otredad del procedimiento del conocimiento mismo.

La representación del objeto como algo que “es así sólo porque yo *así* lo veo”, se vuelve parte de la realidad en la medida en que el objeto se subjetivice hasta *con-fundirse* con el sujeto mismo que se asume como *res, cosa*; es decir, que a partir de la captación sociocultural que el sujeto haga del objeto, ambos llegan a ser parte de una forma de *ser y estar siendo* del sujeto como parte de un espacio y tiempo concretos en los que el objeto ya estaba, pero que al ser captado por el sujeto, ambos llegan a ser un todo concreto cognoscible por la otredad.

Esa otredad se presenta en el objeto no sólo desde el objeto que ya es, sino también desde el sujeto que lo vuelve una cosa en su justa medida en que lo determina como lo que para él es: un objeto que en la medida que por medio de la palabra se le *re-conozca*, será lo que ya es. Entonces, la *rea-lidad* ya es, nosotros somos los que la *des-cubrimos* para nosotros, para que por medio de nuestro

lenguaje; es decir, desde nuestra palabra que tomamos prestada de la otra *realidad* (social), pase a ser parte de lo que nombramos, es decir, de nosotros mismos (individual).

Y qué decir de la relación de nosotros con nosotros mismos. ¿En dónde terminamos?, ¿en dónde empezamos?, ¿hasta dónde somos?, ¿en qué medida somos lo que ya somos o queremos ser?. Esto que aparentemente es un problema sorites¹⁰, en realidad no lo es, pues en la medida en que nos sepamos como sujetos concretos, estaremos en la posibilidad de delimitarnos en y desde nuestra propia cultura, pero sin que ello nos impida seguir construyéndonos en un estar siendo con posibilidad de llegar a ser parte de otra sociedad y cultura.

a) *Nosotros con nosotros mismos.* Nos, nosotros, los *otros* con *nos*, los otros con nosotros mismos. Nunca estamos solos, ni siquiera cuando estamos sumidos dentro de una soledad que nos podría helar la sangre. Cuando percibimos al otro dentro de nuestro cuerpo, nuestro ser, nuestra condición de entes posiblemente aislados de los otros, pero nunca de nosotros mismos, es cuando nos damos cuenta que existimos más allá de la palabra que contiene la finitud en la que hemos caído.

b) *¿En dónde terminamos?* Ser hombre implica ser finito, tener un fin que ponga coto a la posibilidad de seguir existiendo *en* y *para* con nosotros mismos. Y en ese sentido, nunca terminamos, si hay algo o alguien que de cuenta de nuestra presencia. Intuirnos es de algún modo sabernos a partir de imaginarnos, dejar a un lado la realidad que nos confunde con el ser de las cosas que nacen y mueren a diario desde nuestros ojos y demás sentidos. Y al final de cuentas, ¿por qué tendríamos que terminar?. ¿Sería lo mismo dejar de existir que terminar?. Podemos no existir y haber terminado, o al revés, existir y haber terminado.

c) *¿En dónde empezamos?* Somos los que aún antes de haber existido, ya estábamos sin estar presentes; somos aunque pudimos haber sido otros. Empezamos en la palabra por la que alguna vez nos nombraron, no importa que quizá haya sido con otro nombre, con otra etiqueta. La palabra nos precede, aún antes de nacer, antes de ser *ser*, aunque dicha palabra no se refiera a nosotros en particular, sino a un nos-otros que pudo haber sido cualquier otro.

d) *¿Hasta dónde somos?* Si nuestras palabras llegan hasta donde nuestros oídos no las pueden ya reconocer, y si nuestra sombra de lo que fuimos se extiende a través de la noche en que nos confundimos con los objetos que en la oscuridad han dejado de ser lo que son, seguimos en un *estar-siendo-de-continuo*, pero desde los otros; esto porque de alguna manera significamos algo para ellos, ya no somos un alguien que existe para sí, nos volvemos un “algo” para otro alguien que nos evoca o recuerda. Esto tan sólo porque ahora nos hemos transmutado en un ser (S es O que es S) amorfo, tal vez con vida, o con la muerte, o sin nada, quizás sólo una palabra que se difumina en nombrar lo que fuimos.

¹⁰ El problema sorites es un argumento donde el predicado de la primera proposición pasa a ser sujeto de la segunda y el predicado de la segunda pasa a ser sujeto de la tercera, y así sucesivamente hasta que en la conclusión se une el primer sujeto con el último predicado.

e) *¿En qué medida somos lo que ya somos o queremos ser?*
Posiblemente en la medida en que nos reconozcamos como posibles seres que pueden dejar de re-conocerse en el instante que nos procede. Ser cada vez el mismo es una proeza de carácter existencial, pero sobre todo, ideal. Entenderse como si nosotros fuéramos el objeto que queremos descubrir, es ayudarse y ayudar a otros a no caer en *las trampas de la fe* que nos hacen caer hasta el fondo de la sima que nos invita a visitar la realidad que a veces ignoramos.

Somos entonces también desde la circunstancias, materiales y lingüísticas, que no llegaron a conformar como seres en constante construcción social (desde sí y desde los otros), dando así la posibilidad de que surgieran otras circunstancias (temporales y atemporales), mismas que nos insuflaron un hálito de existencia en la memoria de ser quienes somos o creemos ser.

También hemos dejado de ser el que nunca llegamos a ser; es decir, hay un desligamiento de nosotros mismos hacia nosotros mismos. Nos cosificamos a nosotros mismos en un estar siendo desde nuestra, propia y ajena, particularidad de ser sujetos concretos en construcción. La importancia de ser quienes somos y pretender ser lo que imaginamos o simplemente queremos ser, está en la medida en que nos permitimos multiculturalmente tener la posibilidad de dejar de ser nosotros como un alguien conocido en cualquier momento. O sea, estar abiertos a poder ser otro desde nuestra mismidad subjetiva. Entonces, ¿somos objetos cuando el sujeto que ya somos deja de ser?, si es así, entonces ¿en qué medida podemos seguir siendo el que ya éramos?

Cuando la realidad ajena nos alcanza, a pesar de la palabra que nos esconde, se nos vuelve un mar de olas en las que navegamos a la deriva de nuestro propio ser apenas si re-conocido. Por lo anterior, podemos afirmar que los seres humanos no somos, sino que, estamos siendo;¹¹ es decir, no hemos acabado de conformarnos, ni individual, ni socialmente. Cada uno estamos inmersos en un constante poder seguir siendo lo que somos, o bien, modificándonos de acuerdo a las circunstancias externas que así nos lo permitan;¹² pero, es necesario no soslayar la importancia de que accionemos en nuestro propio desarrollo como sujetos en constante construcción y, para ello, la lectura de la realidad es herramienta indispensable, ya que ésta se ha convertido, o mejor dicho, nos ha convertido en sujetos lectores de nuestra propia realidad, y en esa medida nos ha permitido acceder a la transformación y desarrollo de ésta.¹³

Es importante que, como sujetos conscientes de nuestra propia circunstancialidad, no dejemos de lado el acto de leer, pues es éste, el logos circundante, el que nos lleva al reconocimiento y enfrentamiento con nosotros mismos, y en ese sentido, nos acerca a la confrontación de poder desarrollar nuevas sensaciones, nuevos descubrimientos, no solo del mundo que nos rodea, sino también de nosotros mismos como sujetos en constante construcción, por ello, este ensayo es un intento por ejercer la capacidad de crítica que tenemos los seres humanos; en este caso, desde la posibilidad de leer la realidad.

¹¹ Partimos de la premisa de que sólo los objetos son seres acabados, a diferencia de los seres humanos que somos en la medida en que vamos cambiando, esto de acuerdo a nuestras propias necesidades tanto individuales como sociales.

¹² No soslayamos los problemas económicos y culturales que privan en nuestras sociedades, así como las necesidades que cada colectivo tiene como primordial.

¹³ Recordemos que aún los seres humanos que no saben decodificar signos o grafías impresas, saben leer los símbolos que están a su alrededor, esto como parte de su propio desarrollo social y cultural.

Es importante aclarar que no se pretende promover la lectura como una actitud libresca, o como un pasatiempo sin más; antes bien, pretendemos que la lectura sea el cimiento que soporte la posibilidad de crítica y desarrollo de sí mismo, de cada sujeto consciente de su propia construcción, esto al través de establecer algunos parámetros que puedan arrojar alguna luz sobre el tema en cuestión, sobre todo porque consideramos que el problema de la lectura es un problema de todos, esto en tanto seamos parte de un todo-inacabado que compartimos en los diferentes colectivos que conforman nuestra sociedad.

Ahora bien, la acción de ser “ser” es un imbornal¹⁴, pues nos es necesaria sólo en tanto exista previamente la necesidad de “sacar el agua”, metáfora existencial del líquido vital que es el hombre cuando se conoce y conoce el mundo del que forma parte consustancial. Así pues, el ser “ser” no es un *algo* que se haga y se pueda terminar, dejar atrás. La construcción del ser le es al hombre, un constante estarse haciendo, consciente o inconscientemente¹⁵.

Para aclarar lo anterior, recordemos que el ser humano tiene entidad¹⁶ e identidad¹⁷, y que ambas constituyen el leitmotiv del sujeto en construcción; pero, cómo entender este leitmotiv, si no es algo desde el que se puedan entender y comprender parámetros de identificación concreta.

Un primer esbozo para resolver dicho problema, es entender que la construcción de cada sujeto es un algo multidireccional; es decir, el sujeto no es un “es”, sino un estarse-haciendo-de-continuo en diferentes direcciones, y, es el sujeto de carne y hueso, el histórico y concreto el que está siempre en construcción, el que se hace a través de ella; de hecho, es la imagen arquetípica de lo que debería ser el hombre, desde un imaginario social; es la utopía de lo que no es, pero que al pensarlo, es al construirse. Así pues, la construcción no es una forma univocista del ser en sí, sino una forma de ser de la misma realidad que se difumina en cada sujeto que se construye; surgiendo sólo para recrear una nueva realidad, una que no se constriña a la brevedad univocista del discurso de lo libresco.

Entonces, no podemos seguir con aquella separación ontológica que nos ha sumido en la diferenciación que ha sido a la vez el sustento ideológico y prístino de la modernidad excluyente:

SER	NO-SER
El que es	El que no es

Antes bien, es necesario asumarnos desde una pedagógica¹⁸ que no se constriña a la diferenciación de seres “todos” acabados; nos es necesario comprender que la construcción de los seres humanos tiene sus propias categorías, y que, para salirse de la univocidad ideológica de dicha modernidad, nos es necesario asumarnos desde nuevas categorías, unas que no estén ubicadas en la periferia de la

¹⁴ Nombre de los agujeros que se practican sobre la cubierta del barco, sobre las terrazas, las calles, etc., para que salga el agua.

¹⁵ Aquí nuestra propuesta de que dicha construcción se realice de manera consciente y con un objetivo previo.

¹⁶ Entidad (del *lat.* entitas) Lo que constituye la esencia del ser. Valor o importancia de una cosa.

¹⁷ Identidad (del *lat.* identitas) Calidad de idéntico. Conjunto de circunstancias que distinguen a una persona de las demás. El principio fundamental en la lógica formal es “una cosa es idéntica a ella misma”.

¹⁸ A diferencia de la pedagogía (que es la ciencia que trata acerca de la educación), la pedagógica trata de pensar no sólo la relación educativa dentro del aula, sino cualquier relación que se da en la sociedad.

occidentalización, de aquellos que son *versus* los que no son; pues cualquier proyecto que parte del marco categorial de la modernidad excluyente, caerá forzosamente en el constante repetir el mismo proyecto de la modernidad que la subsume. Por ello, reproducir los mismos esquemas, es reproducir una cultura de la mistificación, del seguir asumiéndonos como los excluidos, que a su vez excluyen a los que no son como ellos.

SER	NO-SER
El que lee sabe y conoce	El que no lee no sabe y por ello no conoce

Entendamos, la totalidad, es una forma categorial de la modernidad, es una forma de definirse desde el discurso univocista que excluye al otro, y lo lanza hasta la periferia del no-ser, lo sume en la negación de su ser en construcción, y es, precisamente, la lectura una forma de asumirse como parte de ese proyecto de la modernidad, pues ésta es vista como una obligación, antes que como una forma de poder ser en su propio devenir del sujeto que la hace suya.

La realidad (particular y social), es que no nacemos en la totalidad, antes bien, nacemos desde la diversidad analógica, desde una diversidad que se ha asumido como una totalidad acabada; por ello, los derechos humanos -por ejemplo- están pensados como necesidades del individuo en sí, no de la comunidad que está siendo (como si el primero no fuera a cada momento, en una constante construcción). Ahora que, el problema no podemos reducirlo sólo a las categorías “es”, y “está siendo”, sino al “cómo asumimos el problema”, cómo son y cómo lo conceptualizamos, es decir, desde la exterioridad del creerse en el centro de la totalidad, viendo al otro como el excluido, como el que puede ser, pero que no es; como ese ser que es parte de la periferia de los que no son como nosotros (*nosotros*, otra totalidad difusa, en movimiento). Por ello, nos es necesario cuestionar nuestra propia identidad de seres acabados, es indispensable que desde la duda de la totalidad, nos asumamos como sujetos en constante construcción, desde una entidad y una identidad que nos sitúe en otra posibilidad de formarnos como sujetos con una nueva necesidad de ser sólo a partir de que podemos seguir siendo, y la lectura, como forma de conocernos y conocer nuestro entorno sociocultural en un estar-construyéndonos-de-continuo es parte indisoluble a nuestro ser social, es parte inherente a la gnoseología del sujeto concreto que se asume como parte de una totalidad que no está acabada.